

pensada con la cesion de Niza Saboya; y la política reaccionaria, á que cada vez se adhiere Napoleon, le está enagenando las simpatías que supo obtener cuando apareció como amigo sincero de la Italia, como defensor de su nacionalidad. La opinion pública se declara tan esplicitamente en ese sentido, que á sus embates ha tenido que sucumbir el ministerio Ratazzi, acusado de sumiso al emperador, formándose un nuevo gabinete, á cuya presidencia se llamó al marqués de Torrearse, y de la que se encargó, en defecto suyo, el marqués de Villamarina. No hay noticia todavía de los efectos producidos por ese cambio; pero su origen bien dá á entender la política que se seguirá.

Otro síntoma bien marcado de las tendencias dominantes, es el interés de que ni por un instante ha dejado de ser objeto Garibaldi. La exposicion que en su favor elevó el rey, está escrita en el tono elo cuente del más apasionado cariño, y no se abstiene del amargo reproche de comparar con la de Colon la suerte del herido de Aspromonte, para dar á entender que uno y otro encontraron la ingratitud por recompensa, en los monarcas que hicieron dueños de vastos y poderosos dominios. La herida de Garibaldi, el peligro de una amputacion, los diagnósticos de los hábiles médicos encargados de curarlo, la influencia del clima sobre sus padecimientos, han sido incidentes que se han elevado á la altura de acontecimientos públicos. La noticia de la extraccion de la bala, se ha recibido con aplauso universal. Todo, en fin, demuestra de una manera inequívoca, el vivo interés que Italia toma por el hombre que á cada paso expone su vida por la realizacion del gran pensamiento nacional.

La situacion, como se vé, no puede ser más tirante, apareciendo próximo el peligro de una conflagracion, en que se verán envueltas Italia, Francia y Austria. El primer cañonazo disparado en la península que bañan el Adriático y el Mediterráneo seria la salvacion de México; y por eso seguimos con tanto empeño, aun prescindiendo de otras graves consideraciones, la marcha de los acontecimientos italianos.

En Francia sigue siendo cada vez más impopular la expedicion á México, y el sentimiento público se manifiesta con sobrada claridad, á pesar de las fuertes restricciones existentes contra la libertad de la prensa. Digna es en alto grado de llamar la atencion, la muy plausible circunstancia de no haber un solo periódico inde-

pendiente, que apruebe la política observada con México por el gabinete de las Tullerías. Solamente los diarios, reconocidos sin la menor sombra de duda, como órganos oficiales ú oficiosos del poder, son los que entonan laudes á una empresa destituida de todo fundamento admisible. Para un gobierno que de buena fé buscara la verdad, seria un argumento incontestable el de esa uniformidad de los escritores imparciales, que reconocen la injusticia de la invasion de nuestro país; que calculan las dificultades de la expedicion; que deplozan las pérdidas enormes ocasionadas á la Francia en su ejército y en su hacienda, por una guerra emprendida sin motivo; que se duelen de ver la flota y los soldados de su país á tanta distancia, cuando acaso el día ménos pensado puedan hacer falta en su suelo natal.

A las publicaciones periódicas hacen eco, opúsculos que vienen de cuando en cuando de dentro y fuera de Francia, á sostener esos mismos principios bajo una formamás duradera. No nos referimos por ahora más que á los folletos escritos por franceses, que desean salvar á su país del cargo tremendo que pesa sobre el hombre que lo gobierna. Uno de esos escritos es el que, con el título de "La expedicion de México," ha publicado últimamente el ilustre profesor Quinet, compañero del eminente historiador Michelet, y desterrado por su oposicion al régimen que inauguró el golpe de Estado del 2 de Diciembre. Quinet ataca en estilo sarcástico, la desmesurada ambicion del representante de las ideas napoleónicas, poniendo en relieve los pretestos de la expedicion, explicando sus verdaderas causas, ridiculizando el atentado cometido con la raza latina, anatematizando los nuevos principios que se sustituyen á los de 89, recalcando la mala ejecucion de la empresa, comparando la expedicion de México con la de Roma, para demostrar que la primera es más injustificable que la segunda.

Grato es por cierto, en asuntos de tanta importancia, encontrar á esos defensores de la verdad, que en todos tiempos y lugares han sabido respetarla, sin dejarse arrastrar de un patriotismo mal entendido. Así Aristides decia á los atenientes: "lo que Temístocles os propone es útil, pero no justo." Así tronaba Bartolomé de las Casas en favor de los indios, contra los horrores de la conquista. Así se opusieron Adams y Clay, á la injusta guerra que nos hicieron nuestros vecinos del Norte. Así hoy, voces tan autorizadas como la de Fa-

vre, como la de Jubinal, como la de Quinet, reprueban en la prensa y en la tribuna el escándalo que se está dando al mundo con una expedicion absurda, en su causa y en su ejecucion vandálica. El filósofo que contempla con dolor los frecuentes extravíos á que suele arrebatar á pueblos y gobiernos una ambicion desenfrenada, se reconcilia con la humanidad al admirar la austera oposicion de la virtud, la defensa contra menguados intereses de las reglas imprescriptibles de la justicia y del derecho.

En la *Revue Contemporaine* se ha publicado un folleto de Julio Granier, que está algo en contraposicion con el de Quinet, aunque sus deducciones son vagas y poco comprensibles. Hace una breve reseña de lo que fué México durante la época colonial. Entra en algunas explicaciones acerca del estado de nuestra hacienda. Aglomera hechos verdaderos y falsos. Se muestra enemigo del partido reaccionario y se inclina á favor de una intervencion en sentido liberal. Deduce de nuestras revueltas y escaseses que no podemos gobernarnos por nosotros mismo, y fijando como un dilema inevitable que hemos de ser absorbidos por los Estados-Unidos ó por la Europa, se declara naturalmente por la absorcion francesa. En resumen, sin entrar al exámen filosófico y legal de la cuestion, se limita á considerar á México, buena presa, y quiere anticiparse al vecino para cojerse lo ageno. La leccion es inadmisibile por su estravagancia y por su inmoralidad.

Si de los documentos particulares pasamos á los oficiales, nos encontramos desde luego con el informe dado al emperador por su ministro de la guerra, el mariscal Randon, en el cual se encuentra un resumen de los partes del general Laurencez, que comprenden la historia del cuerpo de ejército que tuvo á su mando, desde la retirada de Puebla hasta la llegada de los nuevos refuerzos mandados de Francia. La narracion se presta á curiosas observaciones.

Su fin esencial consiste en hacer los mayores elogios del cuerpo expedicionario. No seremos ciertamente, nosotros los que neguemos el relevante mérito del soldado frances, que disfrutó en el mundo entero de una bien adquirida reputacion. Pero si no podemos pasar por alto la consideracion de que, si se agotan las alabanzas para recomendar á soldados á quienes fué adversa la suerte de la guerra, no sabemos qué más pudiera decirse en abono suyo, si

hubieran salido victoriosos, cosa que ni ellos, ni la Europa, ponian en duda. Y por otra parte, mientras más merecidos sean esos encomios, más resalta forzosamente la bondad relativa de las fuerzas mexicanas, que sin ventaja de número, ni de posicion, ni de ninguna especie, hicieron morder el polvo á huestes tan afamadas.

Las azañas de éstas se limitaron, por espacio de tres meses, á conservar sus posiciones, y á conducir víveres de Veracruz. Sin la desgraciada sorpresa del Borrego, debida, no á la vigilancia de los enemigos sino al descuido de algunos de los nuestros, no es aventurado presumir que habrian sufrido aquellos una nueva derrota, puesto que por una falta que les hace bien poco favor, habian dejado ocupar el cerro que domina la ciudad, y cuya importancia no conocieron hasta despues que pasó el inminente peligro en que se encontraron. Frustrada aquella bien combinada tentativa, habria sido ya muy peligroso renovarla, cuando se abrigaban tras de fortificaciones soldados de quienes repetimos que son muy respetables, el espíritu marcial y el notable valor que los distinguen. La campaña, pues, tuvo ya que reducirse á los ataques de guerrilleros, que muy á propósito para hostilizar sin cesar al enemigo, y para ocasionarle graves perjuicios, no lo son para alcanzar resultados definitivos.

Es una confesion preciosa para nosotros, la que se hace de la profunda repugnancia con que son vistos los invasores por los habitantes de este país. El general Laurencez es quien cuenta, y el mariscal Randon quien repite, que las poblaciones quedaban enteramente vacías al aproximarse los franceses: que por ningun dinero conseguian que se prestara un mexicano á atravesar el Jamapa para sacarlos de un mal paso; que eran constantemente molestados por las guerrillas: que en ninguna parte encontraban simpatías, sino antes bien marcada oposicion. Si las esplicitas manifestaciones de la opinion pública en Francia, demuestran al gobierno imperial la impopularidad de la guerra, la obstinada resistencia que encuentra aquí la invasion, la soledad que se forma en torno suyo son á su vez elocuentes testimonios de la imposibilidad de realizar empresa tan atentatoria. La conciencia de su deber no puede ya menos de estrechar á Napoleon III á prescindir de una idea, para la que no queda otro apoyo que el de las despreciables sugerencias del amor propio.

Encapricharse en contrariar el espíritu

nacional, es oponerse á acabar con la paciencia del pueblo francés. El trono del emperador no descansa sobre cimientos tan sólidos, que pueda desafiar la ira popular. Las tendencias de los descontentos se han marcado recientemente en una de esas manifestaciones odiosas, á las que suele apelarse á falta de otras más difíciles. Hablamos de la tentativa de asesinato, cuyo conocimiento no han logrado quitar al público los esfuerzos de la policía en ocultarla. Reprobamos altamente que sea el puñal ó la máquina infernal de un asesino, lo que venga á terminar cuestiones, que deben desenlazarse de otro modo; pero es ya muy significativa la repetición de esos conatos de homicidio, que tienden á convertirse en moda europea, y mucho deben dar en qué pensar á los monarcas espuesos á esas contingencias. Cuando la libertad está sofocada por mucho tiempo, se repiten esas explosiones de descontento, que busca salida por cualquiera parte.

La probabilidad de un nuevo acuerdo de los gobiernos francés y español para reanudar la convención de Londres, es cosa que se ha estado asegurando, y aun ha llegado á anunciarse por un periódico de Barcelona, que era negocio consumado, conforme á las instrucciones recibidas por el marqués de la Habana. No ha faltado por otra parte quien desmienta la noticia, dejándonos en tal virtud en duda de la realidad, escondida todavía en el secreto de los archivos diplomáticos. A nuestro juicio, la renovación del convenio es prematura, pues hay datos para creer que el gabinete O'Donnell espera el desenlace de la expedición invasora, y no es presumible que el orgullo francés se avenga á la confesión, siquiera sea tácita, de que son necesarios auxiliares para la consumación de la empresa acometida contra México.

Por lo demás, pronto sabremos á qué atenernos en la materia; en razón de que por el paquete que debe llegar dentro de pocos días, han de venir los discursos pronunciados en los cuerpos legislativos españoles acerca de la cuestión mexicana. La apertura de las cortes, señalada para el 1.º del último Diciembre, se ha efectuado ya. Imposible nos parece que no se haya ocupado de nuestros asuntos el discurso de la corona; pero hasta ahora la única parte que de él conocemos, es la relativa al incendio de un buque de los Estados confederados en la ensenada de Marianao, hecho sobre el que espera confiadamente la reina Isabel, que dará la correspondiente satisfacción al gobierno de Washington.

Sábase ya de una manera positiva, que han de ser muy interesantes los debates á que dé lugar lo ocurrido en México con la expedición española. Los oradores se presentaban al combate, que debe ser reñidísimo. Figurarán entre nuestros adversarios, que lo serán á la vez del marqués de los Castillejos, Mon, Ríos Rosas, Pacheco, y Concha. No faltarán tampoco defensores nuestros y de la leal conducta del general Prim, presentándose entre ellos en primer término, el ilustre diputado y periodista Rivero, tan hábil para manejar la palabra como la pluma. Mas lo que sobre todo se espera con viva ansiedad, son las explicaciones del mismo Prim, que sabrá confundir, como lo esperamos, las diatribas de sus enemigos. El hidalgo general tiene varias cuentas atrasadas que ajustar, á los que prevalidos de su largo silencio han aglomerado cargos en su contra, desde el ministro sin cartera Billault, uno de sus detractores más encarnizados, hasta Coello el más afrancesado de los españoles. Los mexicanos esperamos con mayor curiosidad que nadie, cómo que somos los más interesados en el negocio, las importantes revelaciones que necesariamente ha de hacer en la tribuna, el caudillo que tantos títulos tiene á nuestro agradecimiento.

A la lucha parlamentaria ha precedido la periodística, en la que nos es satisfactorio anunciar que en España, lo mismo que en Francia, casi todos los diarios prueban la aviosa política de Napoleón. Solo la *Epoca*, que bien merece el nombre de ultraimperialista, se afana en sostenerla á todo trance, y olvidándose en esta cuestión hasta de su carácter ministerial, inculpa al gabinete español por no haber sido un ciego instrumento de la Francia. El aislamiento de la *Epoca* es por sí solo una prueba inequívoca de que sus redactores están muy lejos de representar la opinión nacional, expresada en términos diametralmente opuestos por otros órganos más numerosos, que coinciden en ese punto, á pesar de pertenecer á diversos partidos.

Como se vé, la cuestión de México está íntimamente enlazada con lo que pasa en varios pueblos de Europa, cuyos actos pueden influir directamente en la solución que haya de tener. Mientras por allá se está en la expectativa de próximos y graves acontecimientos, véamos lo que esa misma cuestión ha avanzado en el país donde va á resolverse con las armas en la mano.

Hemos apuntado ya en otras ocasiones,

que la prolongación inesperada de la invasión de los franceses, poco satisfactoria por cierto para el ejército expedicionario de la primera nación militar del mundo, ha consistido en parte en la falta de los medios de movilidad indispensables para el transporte de sus trenes. Para suplir ese descuido imperdonable del gobierno imperial, que debió surtir á sus tropas de todo lo necesario, hubo necesidad de pedir carros y mulas á los puntos más cercanos, de los que efectivamente han llegado ya á Veracruz. Semejantes auxilios constituyen una violación flagrante de las leyes de neutralidad, que deben ser observadas conforme al derecho de gentes. Poco nos sorprende que en la Isla de Cuba se haya procedido de esa manera, por ser patente la hostilidad con que nos ha tratado desde un principio el duque de la Torre. No sucede lo mismo con los Estados-Unidos, donde es incomprensible que se esté favoreciendo á quien no es ménos enemigo suyo que nuestro. El abandono de la célebre doctrina de Monroe es cada vez más significativo, aunque no por esto formamos un cargo especial á nuestros vecinos, demasiado ocupados en su propia casa, para andar en disputa con los extraños. Pase, pues, por el disimulo acerca de un atentado en que ni pensado se hubiera como lo confiesa Grenier en su folleto antes citado, á no haberse presentado la oportunidad de la guerra civil en el Norte del continente americano; pero habilitar á los franceses de lo que les falta para hacer realizable su expedición, si es seguramente salvar los límites de la circunspección exigida por las circunstancias. De realizarse los planes formados contra nosotros, se establecería en México una monarquía, ó sería convertida la nación en colonia francesa, cuya vecindad sería en sumo grado perjudicial para los yankees. Muy marcadas son ya las tendencias de Napoleón á reconocer la independencia de los Estados confederados, acto que ha querido preparar con la nota dirigida por Drouyn de L'Huys los gobiernos de Rusia y de Inglaterra, para que las tres naciones aparecieran como mediadoras en la contienda de los norteamericanos. La repulsa de Gortschacoff y Russell hará que se busque otro camino para llegar al mismo resultado. Se ha anunciado ya que se esta en vía de arreglo con Mr. Slidell, agente del gabinete de Richmond. Por consiguiente, bajo cualquier aspecto que se vea el asunto, siempre vendremos á parar en que no cabe disculpa respecto de

la protección abierta que ha permitido á Forey completar sus medios de hostilizarlos, supuesto lo cual, ha sobrado fundamento á nuestro encargado de negocios cerca del gobierno de Lincoln, para formular la correspondiente protesta contra las concesiones indebidamente otorgadas á los invasores de la República mexicana.

Si entre los extranjeros no falta quien defienda la justicia de nuestra causa, con mayor razón ha de sobrar quien la sostenga entre nosotros mismos. La prensa periódica sigue cumpliendo con este deber, que es hoy el primero de todos, sin que descansa en la loable tarea de mantener en su fuerza y vigor el espíritu patriótico de los defensores de la nacionalidad. A más de esos campeones, de quienes puede decirse que no sueltan la pluma de la mano, ningún mes se pasa sin que vean la luz pública uno ó más folletos, encaminados siempre al mismo fin de esclarecer la cuestión cuanto sea posible, para que se derrumbe una empresa atentatoria bajo el peso de la verdad y de la justicia. A los ya numerosos escritos publicados sobre la materia, ha venido á agregarse en estos últimos días la carta dirigida desde Nueva-York por el Sr. D. José Ramon Pacheco, al ministro de relaciones exteriores del imperio francés, en la que, fuera de los exagerados elogios tributados á aquel funcionario, y de ciertas apreciaciones en que no estamos conformes, encontramos bien demostrada la iniquidad de la guerra traída á nuestro suelo. Nunca será fuera de propósito insistir en tal demostración, alegando cada cual las razones que estime más plausibles, y en los términos que juzgue más adecuados. Cuando no se quiere aprender una lección, como sucede con el gobierno francés, hay necesidad de estarla repitiendo á lo ménos para que no se atribuya á falta de conocimiento lo que es obra del capricho.

Los estragos de la guerra han ido aumentando poco á poco por diversos puntos de la República, cabiéndonos la satisfacción de que ni uno solo ha hollado la planta audaz del extranjero, sin encontrar, como lo ha confesado él mismo, la esforzada resistencia de un pueblo decidido á la defensa de sus hogares. Los franceses no son dueños más que del terreno que pisan, y aun ese no le ocupan sino á costa de pérdidas, que acabarán por ser considerables en su conjunto.

Detenido el ejército invasor en su movimiento de avance sobre Zaragoza por las dos vías del camino de Veracruz, ni un

sólo día ha trascurrido sin que hayan dejado de hostilizarlo las fuerzas de caballería que lo cercan por todas partes. Ninguna columna enemiga puede salir en busca de víveres ó forrajes, ó para explorar el terreno, sin encontrar á su tránsito obstáculos más ó menos serios. Nuestras avanzadas penetran á veces hasta las calles de las poblaciones ocupadas por el francés. En los encuentros parciales que hay diariamente, la ventaja queda por lo comun por los nuestros, que se familiarizan con el peligro, y que han perdido ya el respeto á su adversario que se les pintaba como irresistible.

No es ménos notable el patriotismo de los lugares invadidos por los soldados de Napoleón. Con escepcion de un cortísimo número de traidores, la generalidad de los habitantes opone una resistencia activa ó pasiva, que desconcierta los planes de la invasion. Pueblos hay, como el de Tlaco talpam por ejemplo, cuyos moradores se salen en masa de sus casas, burlando de ese modo á los franceses, que no pueden establecer ayuntamientos elegidos por ellos ni proporcionarse los auxilios que van á buscar. La gente de armas tomar empuña las primeras que encuentra á mano, y á la retirada de los invasores les dá una lección de que no se profana con impunidad el territorio de una nacion independiente. Suelen en esas acometidas quedar tan mal parados los del ejército expedicionario, que ya sólo cuidan salir del atolladero, dejando sus muertos y sus heridos en poder de los mexicanos, como acaba de acontecer en el combate del Miradero.

Más grave todavía han sido los acontecimientos de Tamaulipas. La fuerza que habia ocupado á Tampico, de donde se retiró la guarnicion por falta de elementos suficientes para defender la plaza, salió á hacer sus excursiones por las cercanías de la misma. Las tropas de México, que estaban á la vista de aquellos movimientos, presentaron accion, y dos veces fué rechazado el enemigo. Poco despues tuvo éste que desocupar el puerto por orden del general en jefe, llevándose consigo á los traidores que habian tenido la desvergüenza de tomar el nombre del vecindario, en una acta en que sólo se registraban siete firmas. Tampico ha vuelto al poder de las armas nacionales desde el 13 del corriente. De un momento á otro se espera la noticia del combate que se ha anunciado como seguro entre los invasores, detenidos en la Barra por estar cruzada, y las fuerzas que manda el general Garza. O irán allí mis-

mo á atacarlos los nuestros, ó volverán los contrarios sobre la plaza, acosados por la falta de comestibles.

Tambien en las aguas del Pacífico ha tronado ya el cañon homicida. Una escuadrilla francesa se presentó delante de Acapulco, con la singular pretension de que se desmintiera lo dicho en el *Chalaco*, periódico del Callao, en un artículo atribuido al general Ghilardi, sobre los excesos cometidos por la fragata *Bayonaise*; y de que se permitiera á las embarcaciones enemigas hacer provision de carbon, agua y víveres como en terreno neutral.

Hay absurdos tan manifiestos que no se alcanza cómo puede incurrir en ellos gente de razon. Pretender que las autoridades mexicanas desmientan las publicaciones de diarios extranjeros, es una ocurrencia verdaderamente ridícula. Buen trabajo se les esperaba, si tuvieran que estar contradiciendo los artículos que la inícuca expedicion francesa sugiere á escritores de todo el mundo civilizado, incluso muchos de la misma Francia. A la torpeza de hacer á nuestros funcionarios responsables de producciones ajenas, se agrega la temeridad de querer que la victima se convierta en defensor del verdugo. Hay además que advertir, que los hechos referidos por el periódico peruano, son ciertos y están bien comprobados; de manera que la pretension de que hablamos, reunida á sus otras extravagancias, la de exigir que se cambiara en mentira la verdad.

La segunda peticion no pecaba ménos contra todas las reglas del buen sentido. El almirante Bouet que la formuló, olvida sin duda que Acapulco es parte integrante de la República mexicana. Está México en guerra con Francia, y una escuadra enemiga propone que se declare neutral uno de nuestros puertos; que se le deje allí entrar y salir como si se tratara de Tolon ó Cherburgo; que se le surta de agua, víveres y carbon, para que vaya á otras partes á hostilizarlos con nuestros propios elementos; y mediante tales condiciones, tiene la magnanimidad de ofrecer que Acapulco no será arrasado! No es esta la primera vez que tenemos que admirar la incalificable audacia francesa, revestida de todas las apariencias de candor infantil.

La respuesta á tan absurdas exigencias, no se hizo esperar más que el tiempo necesario para dárla. El general D. Diego Alvarez la puso con la dignidad propia del caso, disponiéndose á la vez á sostener el ataque enunuciado como consecuencia á

la repulsa. En efecto, la escuadra enemiga no tardó en romper sus fuegos, con la inmensa ventaja de que trayendo cañones de 64 y 80, sus baterias causaban grandes estragos sin recibir en cambio lesion alguna, por estar los buques fuera del alcance de nuestras piezas. Como resultado natural de tan desigual combate, fueron desmontadas varias de las que jugaban en los fortines de la plaza. Las casas desocupadas oportunamente por orden de la autoridad militar, no tardaron en quedar en estado de ruina, á consecuencia del terrible bombardeo de que fueron víctimas por espacio de tres dias. Los defensores del puerto permanecieron en el fortin Alvarez y en las inmediaciones, listos para oponerse al desembarque que se daba por seguro, no creyéndose que la saña francesa se limitaria al triste desahogo de derribar edificios deshabitados. A eso se limitó sin embargo. Ni siquiera se intentó desembarcar, esquivándose poner á prueba la actitud decidida de los hijos del Sur. La retirada de la plaza convierte el bombardeo en un acto inútil de barbarie, como lo son todos los que exacerban las calamidades de la guerra, sin más objeto que el de hacer daño por hacerlo. En cuanto al resultado final, una vez que el enemigo iba con la intencion de apoderarse del puerto, y que no lo logró, no cabe duda en que ha sufrido una verdadera derrota. En Acapulco, como en todas partes hasta hoy por fortuna, no solamente ha quedado bien puesto el honor nacional, sino vindicado y glorioso el nombre mexicano.

La inhumanidad de que acabamos de hacer mencion, no es el único acto reprehensible de los invasores, quienes por el contrario poco se cuidan ya de repetirlos en todas partes. Los despojos, las violencias, el mal trato, los estupros y otras muchas faltas, son cosas muy frecuentes en las poblaciones que tienen la desgracia de estar más ó ménos tiempo sometidas á su dominio. La defensa natural contra tan repugnantes atentados, es considerada como indebida, y castigada como delito. En camino va ahora para Veracruz, encerrado en una caja de madera, D. Diego Miron, sin más culpa que la de haber defendido el honor de una hija suya, contra el que atentaba un oficial frances. Igual suerte están corriendo otras personas por causas semejantes, y aun simplemente por ser desafectas á la intervencion. Los encargados de efectuarla no advierten que esas persecuciones individuales, procedentes de tan reprobados motivos, umentan forzo-

samente el odio á la dominacion extranjera, la cual se pone en evidencia con tales desmanes, cuando blasona de venir á civilizarlos.

No hemos concluido todavía con la lista de los excesos de que tenemos que quejarnos. La deportacion á la Martinica, comparable en los más casos á una sentencia de muerte, no es una vana amenaza: es sí un propósito firme que se aplica con repeticion. De los últimos casos ocurridos en el particular, el más notable es el del Lic. Corona, gobernador que ha sido de Veracruz, y presidente del tribunal superior del Estado. Ha mediado en el asunto la circunstancia bien agravante, de haberse cometido la tropelia con un hombre pacífico, encerrado en su casa, de la que fué extraido para ser deportado. Si jamás puede reconocerse el derecho del extranjero, de reputar como delito el tomar las armas en defensa de la independencia del país, ménos todavía es permitido que declare culpable aun á los que no apelan á tan lícito arbitrio. Es ya una necesidad para nuestro gobierno, supuesta la reincidencia de los invasores, poner en práctica las represalias decretadas por el Congreso de absoluta conformidad con los principios del derecho de la guerra. Probado que la humanidad no basta para contener los abusos de la fuerza, se hace indispensable valerse de medios más eficaces para reprimirlos.

Aún nos queda por referir otra arbitrariedad, á la que es aplicable la calificacion de horrible. El comandante Bernardi, extranjero al servicio de México, que militaba ó las órdenes del general Rivera, se prestó en virtud de una orden del general Ortega, á escoltar al hijo del ministro americano Mr. Corwin, en su viaje á Veracruz, para traer la correspondencia de la legacion, de la que es secretario. Bernardi se creia inviolable en el desempeño de una mision de paz, protegida por las inmunidades diplomáticas del representante de una nacion neutral. Tan fallido salió su cálculo, que no bien llegó á Perote, cuando fué reducido á prision, y poco despues pasado por las armas. Se ignora hasta ahora el pretexto que se habrá alegado para la perpetracion de crimen tan escandaloso, en un hombre á quien á lo más podia considerarse como prisionero de guerra. Este asesinato proditorio ha causado en México profunda sensacion.

Continúa la desercion de los soldados del enemigo, para quienes cada vez se hace más intolerable esta guerra injusta, llena

de privaciones á que no están acostumbrados. En vano para alentarlos se fraguan especiotas cuya falsedad es notoria, por lo ménos hoy, tales como la venida de grandes refuerzos, la próxima llegada de la guardia imperial, el nombramiento de un mariscal para nuevo general en jefe. Esos arbitrios no sirven para calmar el descontento causado por una campaña prolongada, en la que el buen sentido no encuentra justificacion alguna. El disgusto á que nos referimos, toma proporciones tan alarmantes, segun las declaraciones de los mismos desertores, que hay cuerpos enteros, como el 99 de línea, en que ha cundido al extremo de no poderlo contener sino á fuerza de fusilamientos. Por exageradas que se supongan estas noticias, siempre revelan por su coincidencia con otros flatos, que descansan sobre un fondo de verdad.

La inaccion de Forey parece ya muy próxima á terminar, á juzgar por varios antecedentes significativos. Ha desaparecido el obstáculo que no habia permitido la llegada de la artillería de batir. La evacuacion de Tampico y de Jalapa, no puede tener otra explicacion que la del propósito de reunir sobre Puebla todas las fuerzas disponibles. Confirma esta suposicion, el hecho de que efectivamente se está realizando la concentracion de las tropas francesas. Se ha notado, además, en el campo enemigo, el movimiento precursor de los grandes acontecimientos de la guerra. Y cuantos informes se han recibido, corroboran la presuncion de la proximidad del ataque.

Tenemos, pues, por indudable, que no acabará Febrero sin que se dé una de esas batallas en que se juega la suerte de las naciones. Nunca se habia presentado para México un lance más serio, por el número de los combatientes, que va á ascender á unos cincuenta mil hombres. Terrible ha de ser esa lucha, que cubrirá de luto á millares de familias, por el capricho de un déspota á quien no arredra la tremenda responsabilidad que reporta. A México le servirá de consuelo en sus desgracias, que proceden del cumplimiento de un deber sagrado, que serán mártires de la patria los que sucumban defendiendo sus derechos conculcados. "No hay país donde no se muera," decia Sócrates á sus discípulos al beber tranquilamente la cicuta. "Acordaos de que teneis que morir," gritaba Federico el Grande á sus soldados, en el momento más crítico de una batalla. Si, pues, todos que morir tenemos, dichosos

los que mueran en defensa de la más justa de las causas.

La nacion por su parte debe enaltecer de todos modos, el heroico ardimiento de los que se deciden á sacrificarse por salvarla. Miétras llega la época de que la gratitud pública galardone con honores y recompensas, á los que tomen parte en el próximo combate, memorable por siempre en nuestros anales, que les sirva desde ahora de estímulo cuanto se haga para dar mayor realce al triunfo del 5 de Mayo. En los decretos expedidos con tal objeto, falta la declaracion de que cada año se celebre su aniversario como fiesta cívica. Excitamos en consecuencia al Supremo Gobierno á que así lo resuelva, para que hasta nuestra posteridad más remota, conserve fresca el glorioso recuerdo del día, en que un puñado de valientes salvó, venciendo á los franceses, la independencia nacional.

México, Enero de 1863.

JOSÉ M. IGLESIAS.

Manifiesto del general de division Don Juan Nopomuceno Almonte, á sus compatriotas.

Mexicanos:

Hace más de ocho meses que os anuncié desde Córdoba mi llegada á la República, y el objeto con que vine á ella. En el tiempo que ha trascurrido os habreis podido convencer, no lo dudo, de la verdad con que os hablé cuando os dije que la intervencion europea en México no traía más objeto que el de asegurar la independencia, hacer cesar la guerra civil, y contribuir al establecimiento de un gobierno sólido, de orden y de moralidad, dejando á los mexicanos la eleccion de la forma que más les conviniera.

Algunos compatriotas nuestros creyeron que para mejor lograr el objeto de tan grandioso pensamiento, era oportuna la creacion de un gobierno provisional que sirviera de centro comun á los mexicanos bien intencionados que quisiesen aceptar la intervencion, fueran del partido que fuesen; y con ese fin se proclamó el plan de Córdoba, que despues fué secundado en Orizaba, Veracruz, Alvarado, Isla del Carmen y otras poblaciones importantes. El general Galves con su brigada se adhirió desde luego á dicho plan: lo mismo hizo el coronel D. Miguel López con su cuerpo; y

otro tanto verificó el ejército mexicano, defensor del orden, viniendo á ponerse á mi disposicion, conducido por el distinguido general de division D. Leonardo Marquez. Igual adhesion manifestaron los generales D. Tomás Mejía, en el Estado de Querétaro: D. Manuel Lozada, en el de Jalisco: D. Manuel Montaña en el de Puebla: D. Feliciano Chacon, en el de México; y posteriormente los jefes de guerrillas más ó ménos numerosas, como eran las del coronel Galvan en Mina Alta: coronel Navarrete, en el Monte de las Cruces: del coronel Jimenez, en Rio Frio; y en fin, las de Caamaño, Ruiz, Jesus Ramirez, Argüelles y Cosme Gonzalez, en diversos puntos.

Desgraciadamente, los enemigos irreconciliables de México y de la Francia, encontraron en el mencionado plan de Córdoba y en el establecimiento del gobierno provisorio, que de él emanó, un pretexto para censurar la conducta de S. M. el emperador de los franceses, queriendo hacer creer que sus tropas habian venido á la República no á dar libertad á los mexicanos para que se constituyeran como mejor les pareciese, sino para imponerles un gobierno por la fuerza, lo que es una falsedad palpable, puesto que el mismo plan de Córdoba decia que tan luego como se ocupara la capital, se convocaria una asamblea nacional, que tomando en consideracion la deplorable situacion del país, declare la forma de gobierno que fuese más conveniente, para cortar de raíz la anarquía.

Necesario ha sido entónces para quitar todo pretexto á los enemigos de la felicidad de los mexicanos, que desapareciese un gobierno transitorio, que aunque no tenia más objeto que el de evitar la confusion y dar una organizacion provisional á los Estados y poblaciones que se fuesen adhiriendo á la intervencion, podia comprometer en sus relaciones interiores al gobierno que abandonado por sus aliados habia quedado solo encargado de llevar á cabo el objeto de la convencion de Londres. Yo he debido, pues, convencido como lo estoy, de la necesidad de allanar el camino á la intervencion en obsequio de mi patria, abandonar el título de jefe supremo interino de la nacion que el plan de Córdoba me habia conferido. Y de ahí es que ninguna objeccion he hecho al acto por el cual desconoció ese título S. E. el general en jefe del cuerpo expedicionario de México. En consecuencia, desde su llegada á la República, he cesado de ejercerlo, y

he vuelto á ocupar la posicion en que me hallaba cuando por primera vez os dirigí la palabra desde Cordoba, para anunciaros, que extraño á la sangrienta lucha que por tantos años habia destrozado á nuestro hermoso país, yo no venia á él para ejercer venganzas, ni á servir de instrumento á ningun partido, sino á cooperar por todos los medios posibles á la reconciliacion de nuestros hermanos. Animado, pues, de esos mismos sentimientos, continuaré ahora al abrigo del ejército francés del propio modo que lo puede hacer todo mexicano que como yo haya aceptado ó acepte la intervencion.

He creido conveniente hacer os esta franca manifestacion, para evitar que seais sorprendidos por génius inquietos, que juzgan á los demas hombres por sus propios instintos perversos y egoistas, y que en estos últimos dias se habian empeñado en hacer creer á otros intrigantes como ellos, que yo pretendia reasumir el título de jefe supremo de la nacion, que solo acepté interinamente, miétras podia mejorarse la complicada situacion en que se encontraba la República, cuando llegué á ella. Podeis, pues, estar persuadidos de que mi único anhelo ha sido y es el de que la intervencion tenga el benéfico efecto que se propusieron las tres potencias que con tal objeto firmaron el tratado de Lóndres de 31 de Octubre de 1861.

Así os lo asegura vuestro compatriota y mejor amigo, que solo desea con todas las veras de su corazon vuestra felicidad. —Juan N. Almonte.—Orizaba, Enero 12 de 1863.

CARTAS DE JECKER.

"Correspondencia interceptada en Oriente, y que se publica con conocimiento del ministerio de Relaciones.

Paris, 30 de Octubre de 1862. — Querido Javier: He recibido tus cartas fecha 15 de Setiembre, llenas de interés sobre los negocios generales; pero con sombrías apreciaciones tambien, acerca de la posicion presente y futura de la casa. He dirigido al tío una larga carta; pero lo he hecho esta vez por el intermedio de la casa Finlay y Hogdson, á causa de su importancia y gravedad ruego al tío te la comunique para que estés al corriente de todas las cosas, y será para mí una gran satisfac-